

La sublevación de Cataluña de 1640 en *Los agravios satisfechos*, apócrifo de Calderón de la Barca¹

The Revolt of Catalonia of 1640 in *Los agravios satisfechos*, Apocrypha of Calderón de la Barca

Antonia Deias
Universidad del País Vasco

RESUMEN

El trabajo analiza *Los agravios satisfechos* y *visperas sicilianas*, comedia apócrifa de Calderón que trata del levantamiento antifrancés acontecido en Palermo en 1282. El cotejo del texto con algunas obras historiográficas ha permitido identificar las posibles fuentes utilizadas por el autor. Por otro lado, la manipulación de los hechos históricos, junto con los anacronismos que remiten a acontecimientos de los años treinta y cuarenta del siglo XVII (la declaración de guerra de Francia a España de 1635, la rebelión de Cataluña y el Pacto de Ceret de 1640, la conspiración de 1641 para levantar a Andalucía), han permitido establecer la datación de la obra e identificar los objetivos perseguidos por el autor: hacer de las *Vísperas sicilianas* un mito fundador de la monarquía española, utilizándolas en clave anti-francesa y, al mismo tiempo, criticar el «reformismo restaurador» del conde-duque de Olivares.

Palabras Clave: Comedia áurea; *Vísperas sicilianas*; antifrancesismo; rebelión catalana 1640; antiolivarismo.

ABSTRACT

This essay analyses *Los agravios satisfechos* y *visperas sicilianas*, an apocryphal comedy by Calderón de la Barca, whose subject is the anti-French rebellion that took place at Palermo in 1282. The comparison between the literary text and some historical studies has allowed the identification of possible sources used by the author. On the other hand, the manipulation of History, in addition to the anachronisms related to some events of the third and fourth decade of the XVII century (France's declaration of war on Spain in 1635, 1640 Catalan revolt and the Pact of Ceret, 1641 conspiracy in Andalusia), led us to establish the date of the Golden Age comedy and to identify the goals pursued by the playwright: to turn the Sicilian Vespers into a

¹ El presente trabajo se adscribe al Proyecto de Investigación del Sistema Universitario Vasco 2011-30399, «El proceso de nacionalización española en el País Vasco contemporáneo (1808-1980): Giro local y conflicto nacional», financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad al grupo de investigación IT-708-13, dirigido por el Dr. Luis Castells.

foundation myth of the Monarchy in Spain, using them as an anti-French symbol and, at the same time, to criticize the «restoring reformism» that the Count-Duke Olivares undertook.

Key words: Spanish Golden Age Comedy; Sicilian Vespers; Anti-frenchism; the 1640 Catalan Revolt; Anti-Olivares Attitude.

INTRODUCCIÓN

En el conocido Prólogo a la cuarta parte de las *Comedias nuevas* que en 1672 dedicaba «a un amigo ausente», Calderón, hablando del resultado obtenido tras la búsqueda de sus comedias «esparcidas», se quejaba de las numerosas erratas debidas a la imprenta. Sucesivamente, refiriéndose a la autoría de las obras que había hallado, lamentaba que hubieran dejado de ser suyas las comedias «que lo fueron» y que «muchas que no lo fueron» circulaban impresas como suyas, «no contentándose los hurtos de la prensa con añadir sus yerros a los míos, sino con achacarme los ajenos». A continuación, enumeraba una lista de obras que se le habían indebidamente atribuido. *Las Vísperas Sicilianas*, después de *Los Triunfos de Joseph* y *La paciencia de Job*, es la tercera de ellas. Cinco años más tarde, Vera Tassis, en la *Verdadera quinta parte de Comedias de don Pedro Calderon*, volvía a incluir *Las Vísperas Sicilianas* entre las «Comedias supuestas, que andan debajo de su nombre» (Calderón de la Barca, 1730).

El problema de la autoría de la obra se ha complicado por la existencia de otra comedia áurea homónima que dramatiza los mismos hechos, *Las Vísperas sicilianas* de los «tres ingenios», publicada en Valencia en el siglo siguiente (*Las Vísperas sicilianas*, 1767 y Deias, 2016). Por otro lado, la supuesta comedia de Calderón circuló también con otro nombre, *Los agravios satisfechos*, a la que se hacía referencia en la bibliografía calderoniana recopilada por Kurt y Roswita Reichenberger (1979-1981). Los dos estudiosos señalaban que *Las vísperas sicilianas* podía ser la misma que *Los agravios satisfechos* y *vísperas sicilianas* y daban cuenta de la existencia de una suelta con ese título en la Deutsche Staatsbibliothek de Berlín, desafortunadamente perdida (Reichenberger y Reichenberger, 1979: 42).

En 1994, Germán Vega García-Luengos identificaba el apócrifo calderoniano en una obra suelta, sin fecha, depositada en la Biblioteca Nacional de Madrid (T – 53360-54), *Los agravios satisfechos*, y *Visperas Cicilianas. Comedia famosa de Don Pedro Calderon*. El estudioso la definía como una comedia histórica «de sentido claramente antifrancés, que habría que asociarla a otras que suscitó la Guerra de los Treinta Años» y llegaba a la conclusión de que *Los agravios satisfechos* y *vísperas sicilianas* era una obra diferente de la conocida con el título *Las vísperas sicilianas* atribuida a tres ingenios (Vega García-Luengos, 1994: 61 y 2002: 890). Posteriormente, Maria Grazia

Profeti daba cuenta de la existencia de dos ejemplares del apócrifo calderoniano en Italia: uno en la Biblioteca Palatina de Parma, ya reseñado por Antonio Restori, y otro en la Vaticana. Asimismo, la hispanista señalaba que una copia del texto berlinés estaba depositada en la biblioteca de la Universidad de Friburgo (sign. E 1032, g. 41) (Profeti, 1988: 122-123; véase también Stark, 2003).

A diferencia de la que halló Vega, la pieza de la Biblioteca de la Universidad de Friburgo (Sign. E 1032, g. 41), que se titula *La gran comedia de las Vísperas Sicilianas, de Don Pedro Calderón*, no es una suelta, sino que está incluida en el volumen 41 de la colección de *Comedias de diferentes autores* impresa en Zaragoza en 1646 y presenta variaciones con respecto a aquella. En este trabajo, se ha utilizado prevalentemente el texto de la BNE² y se hará referencia al de Friburgo sólo de manera excepcional. En cuanto a los criterios de transcripción, se ha modernizado el vocabulario, y, en algún caso, se ha corregido la puntuación.

LA TRAMA

Los hechos históricos que se dramatizan en *Los agravios satisfechos y Vísperas Sicilianas* se desarrollan en Sicilia a finales del siglo XIII, cuando Pedro III el Grande, persiguiendo el proyecto de convertir a Aragón en la fuerza más importante del Mediterráneo, conquista Sicilia y ocupa el trono de la isla en perjuicio de Carlos de Anjou Conde de Provenza, que lo ocupaba desde 1266. La comedia empieza en el momento en que se está fraguando la conspiración que, en 1282, desemboca en las famosas Vísperas Sicilianas; rebelión que abre las puertas a Pedro el Grande y que da el título a la comedia que nos ocupa.

Los primeros personajes que hacen su aparición en la obra son cuatro conjurados: Alaimo, su hijo Raimundo, Galterio y Juan Prochita, saludado por el primero como «el restaurador de Sicilia». En el largo parlamento con el cual irrumpe en la escena, Prochita recuerda el camino del «voluntario destierro» que, a causa del «yugo duro» al que están sometidos los sicilianos, ha emprendido seis años antes; una indicación cronológica que parece remitir a 1276, año en el que sube al trono de Aragón Pedro III, a cuya corte llega el narrador.

Tras ganar la confianza y el favor del rey, Prochita lo empuja a reivindicar el trono que Carlos de Anjou ha usurpado a los Hohenstaufen, herederos de Sicilia por su descendencia del emperador Federico II, de quien es nieta Constanza, esposa de Pedro. Para convencerlo, Prochita apela a los deberes genealógicos y a la defensa del honor contra Francia:

² Para la cita del texto se hará mención únicamente a los folios.

era descuido, era yerro
 defraudar sus propios hijos
 de tan debidos aumentos,
 y que en su reputación,
 era indecente, que viendo
 que Francia los usurpaba,
 lo sufriese tanto tiempo (1r)³.

La aspiración de Pedro a la corona de Sicilia se fundamenta en el derecho legítimo que lo asistiría en virtud de su matrimonio con una Staufen; siendo Constanza la última descendiente suaba después de la muerte de Manfredo, su padre, y de Conrado V o Conradino, ajusticiado en Nápoles por Carlos de Anjou⁴.

Una vez obtenido el apoyo aragonés, Prochita se dedica durante tres años a urdir una red secreta de alianzas internacionales entre la nobleza siciliana, el rey de Aragón, el papa Nicolás III y el emperador de Bizancio Miguel Paleólogo, cuyo reino estaba amenazado también por el Conde de Provenza. A la liga que reúne a las tres potencias contra Carlos, que ansiaba convertirse en el «absoluto dueño» de Italia y del Mediterráneo, se adhiere también Alfonso el Sabio.

Pedro de Aragón, para evitar el «cuidado y recelo» que provocaría una agresión abierta, actúa con sigilo y arma un ejército con el pretexto de emprender una cruzada que libere el Santo Sepulcro. Mientras tanto, Prochita, que ha vuelto a Sicilia, la recorre organizando a la nobleza lugareña, que tendrá que encabezar al pueblo armado «para un día», embistiendo «a sangre y fuego» a los franceses y sus alojamientos. La matanza se justifica con los atropellos y con la dureza que utilizan los gobernantes angevinos. Uno de éstos, Busante, alardea de ello en un fragmento donde se dirige al gobernador de Palermo, Herberto, a quien reprocha su falta de «rigor» con los súbditos y la «blandura» de su asistente, Droqueto:

Si con más rigor no tratas
 a esta gente, yo te digo
 que han de perderte el respeto:
 en la Provincia que rijo
 todos me tiemblan, que yo
 sus haciendas les confisco,
 de sus mujeres, y hermanas,
 y de sus hijas me sirvo.

³ Siendo un texto carente de foliación, hemos recurrido a las firmas de imprenta para deducir la serie completa.

⁴ Calderón (1966: 691) es uno de los autores que, en *Las tres justicias en una*, rememora la trágica desaparición del jovencísimo Staufen cuando alude al rey Pedro, que «intenta / vengar por armas la muerte / que dio con tanta fiereza / el de Nápoles [Carlos de Anjou] al grande / [Conradino] hijo del César, / pues en público cadalso / le hizo cortar la cabeza».

Por levísima ocasión
 los maltrato, y los castigo,
 y sin darles mano en nada,
 todos penden de mi arbitrio,
 y derogando sus fueros,
 los gobierna mi albedrio:
 su honor, su hacienda, y sus vidas,
 en mi mano están. Yo libro
 a quien quiero, y por mi gusto,
 sin que preceda delito,
 condeno a afrentosa muerte,
 en noble, o en vil suplicio,
 las Eclesiásticas rentas,
 y sus tesoros me aplico (C2v).

Para organizar la rebelión sin despertar las sospechas de sus enemigos, Prochita finge estar loco. Una simulación que, de manera velada, le permite proferir amenazas y aludir a sus planes incluso delante de ellos. Como cuando, con palabras ambiguas que se refieren a los abusos sexuales perpetrados por los galos («gallos»), Prochita profetiza al gobernador angevino Herberto de Orléans, y a Droqueto, su asistente, la muerte que les espera: hasta ese momento los cobardes sicilianos (las «gallinas»), han vivido en un «negro / nublado», permitiendo que los «gallos» franceses, que «se andan a la flor de berro», campen a sus anchas. Sin embargo, el horizonte sombrío pronto se va a despejar («post nubila Febus», «saldrá el sol»). Los sicilianos destruirán a los galos («comeremos el gallo») gracias a la ayuda del rey Pedro, quien se convertirá a la causa siciliana como hizo el apóstol Pedro cuando dejó de negar de Jesús con la salida del sol, («convertirase / allá en Aragón S. Pedro»):

(...) cesará el negro
 nublado que me embaraza,
 porque post nubila Febus,
 si ahora cantan los gallos,
 que por nuestros gallineros,
 por ser nosotros gallinas,
 se andan a la flor del berro:
 saldrá el sol convertirase
 allá en Aragón S. Pedro,
 y comeremos el gallo,
 diciéndole, vade retro (A2v-A3r).

Paralelamente a la trama de la conjura, en la obra se desarrolla la intriga amorosa, con el siciliano Raimundo que se debate entre el deseo que le despierta Blanca y «la obligación» que lo ata a Claudia. Con este triángulo se cruza otro, formado por la misma Blanca, el francés Droqueto y su rival Raimundo. Por otro lado, también Herberto, que además de ser «el diablo de Palermo» es también «galán de Meliona», aspira a conseguir a Claudia, aun considerando que «nunca en la que se posee / esta el gusto, sino en otra» (A4v).

Los enredos amorosos enlazan pues con la conjuración contra el dominio francés y, desde el punto de vista temático, el honor femenino se identifica con el de la patria. Relacionado con este tema aparece también el motivo del rapto, intentado por Droqueto y Herberto, que defiende el uso de «la violencia» y «la fuerza» con la mujer, «aunque sea dama de porte»; actitud que constituye una réplica de la prepotencia y rapacidad con las que gobierna.

Por otro lado, el valor de Raimundo, Galterio y Prochita como defensores del honor de Sicilia y de sus mujeres tiene su contrapunto en la cobardía de Alaimo. A este personaje, cómico y ambiguo a la vez, Droqueto lo utiliza para presionar a Raimundo, el cual, para evitar la muerte del padre, tendrá que entregar a Blanca al enemigo. El lloroso anciano, apegado a la vida más que a su honor de caballero, suplica al hijo para que lo salve, aunque el precio sea el sacrificio de la mujer amada:

Hijo Raymundo,
 si es que de Blanca sabes, no consientas
 mi muerte, mira que tu sangre afrentas,
 que me debes el ser, que soy tu padre,
 que no hay disculpa humana que te cuadre,
 mira estas canas, que en horror sangriento
 de graña teñirá, yerro violento (C1r).

El conflicto de Raimundo, que tiene que elegir entre el honor de Blanca y la vida de su padre, será solucionado finalmente por la misma joven, que sale de su escondite y, recordando «los blasones» de su sangre, entrega su vida «por la corta» del anciano. Atributo, éste, que realza irónicamente la cobardía de Alaimo frente a la valentía de la «briosa» dama, que defiende su honor con una decisión drástica. Así, después de que Droqueto le pide su mano, Blanca toma la petición del francés al pie de la letra y lo desafía enviándosela «del brazo desasida» y en una salvilla cubierta con un paño, junto con un papel que expresa su desdén: «A un tirano / así mi honor da la mano». En una escena esperpéntica, los dos rivales enamorados, el francés Droqueto y el siciliano Raimundo, acabarán disputándose «la marchita mano», «funesta prenda» merecedora de ser «cultivada» por el llanto de Droqueto. Una escena que recuerda el cuento boccacesco de Lisabetta da Messina (*Decameron*, IV, 5), la joven que, tras desenterrar la cabeza de su amante, asesinado por sus hermanos, la envuelve en un paño y la entierra en un tiesto donde planta albahaca, que cultiva regándola «con agua de rosas o de azahar o con sus lágrimas» (Boccaccio, 1994: 536).

Salvado el honor femenino por mérito femenino, con la reaparición de Prochita se vuelve al tema del honor de la patria y a la acción principal, la rebelión anti-francesa de 1282. El caudillo comunica a los demás conjurados que la sublevación está establecida para las vísperas de la fiesta dedicada al Espíritu Santo. Alaimo, de su parte, ordena a su hijo que aproveche el primer pretexto que se le presente para matar a cualquier provenzal, una señal para que el vulgo haga lo mismo con los demás invasores.

Las fiestas han empezado y Herberto, Droqueto, Busante y Remigio han salido a la calle. Aquí se oye al siciliano Galván cantar contra los inconscientes franceses unos versos de mal agüero, de los cuales los primeros dos encabezan el *Romance del cautiverio de Guarinos*, conocido también como *La caza de Roncesvalles*. La memoria de la mítica batalla, que ensalza la victoria española sobre Carlomagno y la pérdida de la honra de los francos, se reavivó durante la guerra de los Treinta Años en función antifrancesa, como lo atesta *La toma de Valles Ronces* de Quevedo y los pliegos de cordel (Legarda, 2001 y Díez Borque, 2001). En el drama que nos concierne, el recuerdo de la derrota carolingia se adapta a la situación de Sicilia de finales del siglo XIII y presagia la «caza» que los oprimidos isleños desencadenarán contra los invasores. Éstos van a revivir la humillación que sus antepasados padecieron en Roncesvalles, ya pronosticada por el «nigromante» Prochita:

Mala la visteis Franceses,
la caza de Roncesvalles,
y no esperéis, que en Sicilia
os ha de salir de balde.
Allí cautivó Guarinos,
murieron los doce Pares,
y aquí no quedareis nones,
según dice un nigromante (C4v).

Finalmente «la apurada paciencia» de los sicilianos «apresura la venganza» y empieza «la mayor hazaña», en la que participa la «gente baja» guiada por los conjurados. También los tres personajes femeninos, Blanca, Claudia y Oreta, se animan a participar activamente cogiendo las armas. En el momento en que Droqueto se acerca a Blanca, importunándola («Han de gozar mis violencias / los claveles de tu cara»), Raimundo le quita la espada y lo mata. El agravio del provenzal a la dama siciliana se convierte en el pretexto para la revuelta organizada de antemano, que se expande al grito de «Libertad», «Viva Pedro de Aragón, viva la santa Iglesia, viva la Fe» y «Muera Francia, muera Francia». Después de Droqueto, muere también Remigio. Cuando Busante y Herberto se retiran al castillo, Alaimo envía a Prochita y a Galterio a llamar al rey Pedro. El éxito de la rebelión se remata con la boda de Blanca y Raimundo, de Galtiero con Claudia y de Oreta con Galván.

EL DRAMA Y LA HISTORIA: LOS PERSONAJES

Además de los acontecimientos narrados, también la mayoría de los personajes masculinos que se retratan parecen reconstruidos a partir de fuentes históricas. En cuanto a los primeros, llama la atención cómo, en su parlamento inicial, Prochita los relate con un orden muy parecido al que se sigue en una obra histórica coeva, el *Comentario de los hechos de los Españoles, Fran-*

ceses, y Venecianos en Italia (1624); obra que su autor, Antonio de Herrera, Cronista Mayor de Felipe II y Felipe III, dedica al poderoso conde-duque de Olivares. En cuanto a los nueve personajes masculinos, su nombre, con la excepción de los sicilianos Raimundo y Galván, refleja el de personajes históricos reales. Tres de ellos, del bando francés, Herberto de Orléans, Remigio y Busanto, corresponden a los presidentes que ocupaban los más altos cargos de la administración angevina, como se recoge en *Los Anales de la Corona de Aragón* de Zurita, que se volvieron a editar en tiempos de Calderón (1610):

El gobierno del Reino [angevino] tenía tres presidentes, que tenían cargo de toda la gobernación y justicia; pero el más preeminente, y que era el lugarteniente General, y vicario del Rey Carlos, se llamaba Herberto de Orléans, y residía en Mesina; y el otro era Maestre justicier, que se decía Juan de San Remigio, que era gobernador de Palermo, y del val de Mazara, hombre muy codicioso y soberbio, y de gran insolencia y cruel; el tercero Thomas de Busante, que gobernaba el val de Noto (Zurita, 1610: 243).

La verdad histórica que se asoma en el nombre que identifica a los tres personajes, parece reflejarse también en el destino que les espera cuando estalla la revuelta. De una parte, Herberto y Busante consiguen huir al castillo y salvar su vida. En cambio, muere Remigio, personaje literario que esconde a Juan de Saint Remy, que históricamente cayó en el castillo de Vicari (Runciman, 1979: 212-213). El cuarto personaje francés, el galán Droqueto, es el trasunto del militar Drouet, que aparece ya en las crónicas medievales por las repercusiones que tuvo su actitud ofensiva con una dama siciliana, siendo el desencadenante de la rebelión palermitana o, como aparece en nuestra obra y parece más plausible, el pretexto para justificarla⁵.

En cuanto al bando rebelde, de los cinco nombres masculinos son históricos tres, que encarnan a tres caudillos de la sublevación. El más relevante, y al que se atribuye la autoría intelectual de la conjura, es Juan de Prochita. Como se narra en la pieza áurea y había registrado el mismo Herrera, durante tres años «el restaurador de Sicilia» se dedica a incitar a los barones sicilia-

⁵ La famosa anécdota la relata también Antonio de Herrera en la p. 4 de la obra citada: «Saliendo como es costumbre todo el pueblo a la fiesta de la Iglesia del Santispiritus, que es fuera de la ciudad, un Frances llamado Droqueto, llegó a reconocer una mujer, hermosa, y principal, tocándola deshonestamente, socolor si llevaba las armas de su esposo escondidas, porque ya todo andava tan alterado, que a cada passo avia rumores, porque la gente estaba muy escandalizada è indignada contra los Franceses, y muchos apercebidos por los tratados de los Barones. Y, a los gritos que dio la muger, defendiéndose del Frances, acudió un mancebo Siciliano, y tomó su espada al Frances, y le matò con ella: de lo qual se levantò gran rumor, y queriendo los Ministros de justicia quitar las armas à algunos que las traian sin licencia, concurrió el pueblo furioso, diciendo: Mueran los Franceses, con que se travò una gran batalla». Para un estudio de las posibles fuentes utilizadas por Calderón, habría que tomar en cuenta también que en 1616 salía la primera traducción al castellano de la crónica de Bernat Desclot, contemporánea de los hechos relatados.

nos para que acaben con la dominación angevina, desplegando al mismo tiempo todo su talento diplomático para que Aragón, Miguel el Paleólogo y el papa Nicolás III lleguen a un acuerdo para derribar al poderoso Carlos.

También Alaimo y Galterio tienen su doble histórico en los nobles Alaimo de Lentini y Gualterio de Caltagirone. El primero se adhirió al comienzo a la causa güelfa, participando en la conjura de 1254 contra el suabo Manfredo y en la represión de los partidarios de los Staufen tras la llegada de Carlos de Anjou en la isla. Fautor de la autonomía siciliana, cuando comprobó la inflexibilidad del Papa hacia la sublevación dejó de apoyar a la facción angevina y se posicionó a favor de Pedro de Aragón, por quien fue recompensado con el cargo de Maestro Justicier; cargo que ejerció también contra Gualterio de Caltagirone, a quien hizo decapitar cuando éste lideró la primera rebelión contra los aragoneses. A su vez, después de la muerte de Pedro, también la fortuna de Alaimo dio un vuelco y, acusado de traición, fue condenado a muerte en 1287 (Giunta, 1960 y Navarro Espinach, 2009).

En la comedia que nos ocupa, que se abre con la organización de la revuelta y se cierra con su éxito, no se hace una mención explícita a los cambios de bando de los barones sicilianos, ni a su supuesta traición a Aragón. Pero uno de los rasgos de Alaimo que descuella es cierta ambigüedad, que socava su sentido del honor. En la parte final de la obra, cuando empieza la triunfante rebelión y Alaimo envía a Prochita y a Gualterio a solicitar la ayuda del rey Pedro, lo que destaca de él es su decisión y capacidad de mando. Este rasgo, sin embargo, se queda ensombrecido si se contrasta con el papel de anciano cobarde y egoísta que ha jugado anteriormente en la escena del trueque, cuando exige al hijo que sacrifique a Blanca para salvarse él; comportamiento doble que, amén de resultar cómico, delata una falta de integridad que resulta compatible con la traición que los aragoneses imputaron al siciliano.

EL PASADO REMODELADO: EL GIBELINO PEDRO

El conocimiento de la rebelión palermitana que el autor demuestra parece conferir a su representación una credibilidad histórica que se vuelve más consistente si se compara con la de *Las vísperas sicilianas* de los Tres ingenios. Sin embargo, aunque el reflejo de la realidad del siglo XVII y los anacronismos son más evidentes que en el apócrifo calderoniano, las deformaciones de la historia medieval son relevantes también en la obra que nos ocupa.

La manipulación más evidente atañe al cuadro de alianzas políticas que el autor va perfilando y guarda relación, más propiamente, con el conflicto de poder entre el rey de Aragón y el pontífice. En el drama áureo, como se ha mencionado anteriormente, la intervención de Pedro de Aragón se justifica con la voluntad de los sicilianos y con razones dinásticas y de «reputación»; mien-

tras se silencian los motivos políticos-comerciales y se acalla el gibelinismo del soberano, que siguió en parte la línea política de oposición al pontificado trazada por el abuelo de su esposa Constanza, «el Anticristo» Federico II.

En coherencia con la decisión de ocultar la aversión entre Aragón y el papa, se ensalza a Pedro como príncipe cristiano y se enaltece a los «ascendientes claros» de su esposa, que «rescataron este Reino / de poder de los infieles, / y a la ley del Evangelio, / después de tantas fatigas, / fuertes le restituyeron» (A1r). Asimismo, se ignora el papel jugado por los pontífices en la guerra angevino-aragonesa, y en especial el hecho de que Carlos de Anjou invadió Sicilia después de que su feudo le fuera asignado en 1265 por el papa Clemente IV, que no cejó en perseguir a la realeza suaba hasta que, con la alianza de Carlos, consiguió que Manfredo y Conradino desaparecieran. De los dos adversarios históricos de Pedro queda por lo tanto en la escena áurea sólo uno, representado por Francia, cuya visión demonizada se condensa en la figura del gobernador francés Herberto de Orléans, apodado «el diablo de Palermo» y dibujado con rasgos maquiavélicos⁶. Pedro, en cambio, se queda sin la mancha gibelina, y se convierte en la anacrónica encarnación del ideal de monarquía católica que se afirma con los Austrias.

Otro recurso que utiliza el autor para cubrir el enfrentamiento entre Pedro y el papa es el de mencionar sólo al filo-aragonés Nicolás III⁷, que, en realidad, al momento de las Vísperas había ya muerto. No se nombra, al contrario, a Martín IV, papa filo-angevino que fue elegido en 1281 e intervino en el conflicto devolviendo a Carlos la autoridad que Nicolás le había quitado, amén de excomulgar a los sicilianos y al mismo Pedro de Aragón. Gracias al subterfugio de ignorar la política antiaragonesa de la Santa Sede, el drama del siglo XVII presenta la tormentosa relación del Reino de Aragón con la Iglesia como un matrimonio bien avenido. En el marco convulso de la Guerra de los Treinta Años, que veía a la católica España enfrentada a Francia, pero también al protestantismo, la memoria del conflicto abierto entre el papa y el soberano de un reino hispánico resultaba incómoda. El dramaturgo del Siglo de Oro vuelve a modelar las piezas y en el tablero del siglo XIII les hace jugar una partida adecuada a los intereses de la monarquía española del siglo XVII.

La operación que se lleva a cabo en el drama áureo, la de convertir a Pedro en un príncipe cristiano y piadoso, paladín de los desamparados, tiene un antecedente en la segunda década del siglo XVII y coincide con el conflicto

⁶ Véase el alardeo que de su forma tiránica de gobernar hace el mismo Herberto en C2v: «en mis armas por blasón / pongo aquel titulo antiguo / de un valeroso tirano, / que atinadamente dixo: / Aunque me aborrezcan teman». Más allá de la referencia clásica al *Tieste* de Séneca, se trata de una alusión al controvertido cap. XVII del *Príncipe* de Machiavelli sobre el uso de la crueldad y del temor como armas para gobernar.

⁷ Sobre la política perseguida por el pontífice, véase Faci y Oliver (1982: 272).

de la Valtelina entre España y Francia. El autor que interviene en dicha operación es Francisco de Moncada. En su *Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos* (1623), Moncada ensalza a Pedro III como «verdadero príncipe cristiano», capaz de apiadarse como hombre de los embajadores sicilianos que, «lentos de lágrimas, de luto y sentimiento», han llegado a su corte para pedir ayuda contra Carlos de Anjou. Asimismo, Moncada apunta el derecho a la venganza que asiste a Pedro en cuanto «rey ofendido por particular agravio». Finalmente lo glorifica «por su capacidad de mantener el nombre de Aragón en gran reputación y fama», y por convertirse en el «primer rey de España que puso sus banderas vencedoras en los reinos de Italia, sobre cuyo fundamento hoy se mira levantada su monarquía» (Moncada, 1840: 135-136). La hazaña de Pedro de Aragón en Sicilia lo transforma en el mítico fundador del todavía inexistente Imperio español, cuyos primeros cimientos se habrían echado en Italia. Y su figura retocada en el siglo XVII se utiliza para legitimar los derechos de España, sobre todo frente a Francia. Un mito de defensa y de ataque al mismo tiempo. Con el peligro de la derrota definitiva que planea sobre el imperio, el recuerdo de las antiguas glorias alienta el orgullo identitario e incita a enfrentarse al enemigo.

EL DRAMA DEL PRESENTE

Si las omisiones sirven para reconstruir un pasado idealizado, compensación de los desastres del presente y acicate para salir de ellos, en *Los agravios satisfechos* se ha utilizado otro recurso paralelo, que devuelve al lector o al espectador del siglo XVII al *hic et nunc*, marcado por la declaración de guerra que Luis XIII presentaba en 1635 y por los descalabros que se fueron sucediendo en los años cuarenta, una parte de los cuales se registran en nuestro drama.

Un cambio de fecha que modifica la histórica de las Vísperas parece indicar que la intención del autor era precisamente la de reconducir la atención del espectador hacia el presente. La fecha que el dramaturgo ha sustituido es la del lunes de Pascua del 30 de abril de 1282, cuando la ofensa de Drouet desata la reacción airada de los sicilianos reunidos en el patio de la iglesia del Espíritu Santo de Palermo para celebrar las fiestas pascuales. Este cambio de fecha aparece cuando Prochita vuelve a presentarse en el escenario tras una larga ausencia. Después de explicar que su desaparición se debe a la organización de la misma sublevación, anuncia que el momento establecido para la matanza de los franceses es el de las vísperas de las fiestas en honor al Espíritu Santo:

Señores escuchad, que he de informaros
de lo que en esta ausencia
obrò mi diligencia.
Todo el Reino he corrido,
y con esta locura he conseguido

que no hayan los Franceses penetrado;
 mi intento os he mostrado:
 que a las Vísperas, siempre celebradas
 de Sicilia, en las fiestas dedicadas
 al Espíritu Santo,
 pues viven todos con descuido tanto,
 y a un mismo tiempo los Franceses mueran,
 ya solamente la ocasión esperan
 prevenidos, y armados con secreto,
 y espero que tendrá dichoso efecto (C4r-C4v).

Con respecto a la narración histórica, el autor ha jugado con el nombre del lugar donde empezó la revuelta de 1282, la Iglesia del Espíritu Santo, y ha atribuido este nombre a la fecha de la revuelta. En vez de empezar el lunes de Pascua, el día del levantamiento se desplaza en el drama a las fiestas del Espíritu Santo, o Pentecostés, que señalan un acontecimiento que dio un vuelco a la historia del siglo en el cual vivió el dramaturgo: la declaración de guerra pronunciada por Francia contra España en 1635. El 19 de mayo de ese año, un heraldo de Luis XIII, Juan Graciolet, llegaba a Bruselas para leer su proclama delante del Cardenal-Infante D. Fernando de Austria, aunque éste no lo recibió. Era el tercer día de Pentecostés⁸. Una indicación cronológica que evidencia la importancia de la contemporaneidad en el drama y que permite también establecer la datación de la obra a partir de 1635 como fecha *ad quo*.

A parte de esta referencia a una fecha funesta para España, la elección de dramatizar las Vísperas sicilianas parece revelar, a primera vista, la pertenencia del autor a la que Jover llamó «generación de 1635» (Jover, 2003), que, en el marco del conflicto hispano-francés, asumió la tarea de «presentar los argumentos de España con la mayor eficacia posible ante el tribunal de la opinión pública europea, sobre todo cuando se trataba de enfrentarse a un rival tan experto en el arte de la propaganda como el cardenal [Richelieu]» (Elliott, 1990: 479).

Los agravios satisfechos, cuyo título es bastante revelador en sí mismo, puede ser leída, por lo tanto, como una respuesta a las acusaciones vertidas contra España por Francia, sobre todo a partir del 6 de junio de 1635, cuando salió el famoso *Manifiesto del Rey de Francia sobre el rompimiento de la guerra con España*. Luis XIII reprocha al adversario el «injusto deseo que ha conservado siempre de usurpar los Estados de sus vecinos para establecer el Estado desta Monarquía Universal a que ella aspira», y, junto con las «injurias recientes», como la ocupación de la Valtelina, le recrimina también las «antiguas ofensas». Entre ellas, en la polémica que sigue al *Manifiesto* y a la

⁸ La coincidencia entre la fecha del rompimiento de la guerra con la Pentecostés se da según el calendario juliano vigente en los países protestantes, aunque en los católicos regía ya el gregoriano. Para el cálculo de la fecha, se ha tomado como punto de referencia la tabla cronológica publicada en Giry (1975: 204).

*Declaración de Don Felipe Cuarto*⁹ con la que respondía España, salen a relucir también las Vísperas sicilianas. Los franceses las habían utilizado como agravio retroactivo ya el año anterior, cuando Besian Arroy, en un alegato ferozmente antiespañol y pangalista, enumera los méritos de Francia y los perjuicios que el país enemigo le ha causado, de los cuales destaca la matanza de las Vísperas, cuya entera responsabilidad se atribuye a Pedro de Aragón¹⁰. La respuesta llega de Gerardo Hispano, pseudónimo de Gonzalo de Céspedes y Meneses, un escritor e historiador «con alma de polemista» que contesta en un panfleto, *Francia enagañada, Francia respondida*, que sale en Burdeos en 1635. Como contestación a la acusación de la matanza francesa, el libelo español defiende los derechos de Pedro de Aragón frente al hermano de San Luis, Carlos de Anjou, a quien, a su vez, se le hace responsable del despojo de Constanza y de la cruel muerte de Conradino.

Pero Francia no es el único blanco del autor aúreo, el cual, desde este punto de vista, se aleja del patriotismo sin fisuras de los polemistas de 1635. Algún dato indica que sus latigazos se dirigen también contra enemigos internos, en especial contra el conde-duque de Olivares, como revela el diálogo entre Droqueto y Galván en la parte final de la obra:

Dro. Como está Blanca? *Gal.* Con su tía,
que llaman doña Soetonia
Dro. Está en Palermo? *Ga.* La gente
dice, que perpetuamente
doña Blanca está en Sidonia (D1r).

La oscura mención a Sidonia llega de una manera abrupta y ambigua. Por un lado parece evocar a la legendaria Blanca de Borbón (1336-1361), la esposa de Pedro el Cruel que murió en Medina Sidonia presuntamente por orden del mismo Pedro. Por otro lado, el personaje de Blanca en la obra juega un papel activo también en la conspiración antifrancesa. Además de defender su honor de mujer, se involucra en la defensa de la patria y es capaz de tomar decisiones incluso cruentas; como cuando, animada por una «deidad (...) sagrada», apela al personaje de Judit, que «segó al feroz Asirio» la garganta, y después ordena a Claudia que dispare con la pistola que matará a Remigio.

Como pasa también con otros personajes, en la construcción de este personaje femenino parecen influir acontecimientos recientes, como las conspiraciones que definieron los años cuarenta del reinado de Felipe IV, alentadas

⁹ El *Manifiesto* de Luis XIII y la *Declaración de Don Felipe Cuarto, Rey de las España, al rompimiento de la guerra que sin denunciarla ha hecho Luys, Rey de Francia*, están reproducidos en Jover (2003: 469-477 y 504-511).

¹⁰ *Questions décidées sur la Justice des Armes des Rois de France sur les Alliances avec les hérétiques ou infidèles, et sur la conduite de la conscience des gens de guerre. Par M. Besian Arroy, P. Docteur en Théologie de la faculté de Paris et Théologal de l'Eglise de Lion*, Paris, Guillaume Loyson, 1634. Cit. por Jover (2003: 61).

no sólo por Francia sino también por los adversarios internos. Entre las maquinaciones urdidas en palacio y relatadas por los contemporáneos, aunque sin pruebas fehacientes, destaca una «conspiración de mujeres», que habría tenido un papel decisivo en la destitución del duque de Olivares (Elliott, 1990: 621). La protagonista más eminente de esta conjura, conforme a las habladurías y a las leyendas que rodearon su figura, habría sido la misma esposa del monarca, Isabel de Borbón, cuya energía y autoridad parece reflejarse en el personaje de Blanca.

Pero la mención a Sidonia parece esconder sobre todo un ataque al privado del rey. Con el topónimo de Medina Sidonia, en efecto, se bautizó la homónima conspiración de 1641, que se había fraguado en Andalucía y en la que se había implicado un familiar de Olivares, don Gaspar de Guzmán y Sandoval, duque de Medina Sidonia, que encabezaba la rama mayor de la casa a la que pertenecía el mismo favorito de Felipe IV. Según lo que reveló el mismo conjurado, muy influyente en Andalucía, la conspiración, urdida con los portugueses, tenía como finalidad la de sublevar a la nobleza y al pueblo andaluz, al cual se había prometido disminuir el peso fiscal. El medio para conseguirlo era «apremiar al rey para que alejara al gran inventor de impuestos, a Olivares, de su lado» (Elliott, 1990: 598). Un objetivo que se alcanzó en parte; pues a pesar de que el conde-duque intentara amañar el asunto, la conspiración de Medina Sidonia comprometió su reputación de manera definitiva y fue uno de los factores que lo empujaron al precipicio.

También en el diálogo que tiene lugar el día antes de la sublevación entre Busante y Prochita se alude al final de Olivares a través de la imagen de la cabeza cortada de la Medusa, atributo que aparece en el conocido retrato alegórico *El conde duque de Olivares* (1626) grabado por Paulus Pontius según dibujo de Rubens:

Pro. Que me importa que penséis,
aunque sea por estío,
que soy loco, y estoy frio,
pues mañana lo veréis.
Bus. Que avemos de ver mañana?
Pro. Esto par diez no se escusa,
la cabeza de Medusa,
y de Paris la manzana (D1v).

La figura del valido, por lo demás, se asoma en el drama desde el principio, personificado por Prochita, el «restaurador» (A1r), epíteto que alude al plan de reformas que el conde-duque se proponía realizar para levantar a una España que había perdido su brillo. La tendencia seguida por Olivares se ha definido como reformismo de tipo restaurador (González Alonso, 1989: 9), pues respondía a la aspiración de «restaurar el estado de cosas existente durante la época de Felipe II», que, en la cuesta abajo del siglo XVII, «empezaba a adquirir los rasgos de la edad dorada» (Elliott, 1990: 110).

Asimismo, en la obra se recurre a otro anacronismo para identificar una de las causas del malestar de los vasallos, esto es, la derogación de los fueros, una institución aragonesa que no podía existir en la Sicilia angevina y que, en cambio, se veía puesta en peligro por el plan centralizador de la Unión de Armas propuesto por Olivares. Afirmando la unión del Estado encima de las diferencias de tipo legislativo y de organización política que caracterizaban a los reinos de la monarquía española, se pretendía que el mantenimiento del imperio y los costes de la guerra gravaran sobre todos ellos. El alcance del malestar que despertó la Unión de Armas, que debilitaba los privilegios y las instituciones locales, se manifestará con toda su virulencia en la revuelta de Cataluña de 1640. En el drama, el tema de la derogación de los fueros lo saca a colación Busante cuando alardea de la dureza irremovible con la que gobierna a los vasallos:

Por levísima ocasión
 los maltrato, y los castigo,
 y sin darles mano en nada,
 todos penden de mi arbitrio,
 y derogando sus fueros,
 los gobierna mi albedrío (C2v).

El fracaso de la política de Olivares se insinúa en la obra con la alusión al Pacto de Ceret (el «güesso de cereza»), que se firmaba entre Cataluña y Francia en setiembre de 1640, año marcado por los trágicos acontecimientos de junio conocidos como «Corpus de sangre», unas vísperas sicilianas durante las cuales se asesinó al conde de Santa Coloma, virrey de Cataluña. El amargo «hueso» de Ceret, en el que tropezó España, establecía que Cataluña se separaba de España, se ponía bajo la protección militar de Francia y a Luis XIII se le otorgaba el título de Conde de Barcelona, ostentado hasta ese momento por Felipe IV. En el texto, la alusión al pacto firmado en la localidad del Rosellón se pone en boca de Galván:

Aprenda de esta hazaña la familia
 de damas de Sicilia,
 que yo conozco alguna que tropieza
 por la calle en un hueso de cereza (C3v).

La mención a la rebelión de Cataluña es otra referencia cronológica que corrobora que el apócrifo calderoniano se escribió a principio de los años cuarenta y seguramente después de 1641, año en el cual Cataluña se separa y la conspiración de Medina Sidonia se destapa. Aunque parezca difícil que un autor se atreviera a manifestar públicamente su aversión a Olivares antes de que el valido abandonara la Corte en 1643, esto no es óbice para que la obra se haya escrito en ese lapso de dos años, a la espera de hacerla circular y representar tras el ocaso del conde-duque.

Aparte de las hipótesis, algunos datos sobre la escenificación de la obra después de 1643 parecen corroborar lo que se ha dicho aquí. La representación del drama histórico aparece nombrada en una escritura otorgada el 9 de abril de 1644 por las autoridades de un pueblo cercano a Madrid, Valdemorillo. En dicho documento se hace constar que, para las fiestas de Nuestra Señora de Agosto, la Compañía de Andrés de la Vega tiene que elegir si en la localidad de Navalagamella va a representar *Las Vísperas sicilianas* u otra comedia (*Conde Alarcos*), «porque una de las dos ha de seruar para la dicha villa de Baldemorillo». La comedia, aunque no se sabe si era nueva, a lo que parece estaba todavía sin editar, como señalan los estudiosos que publican los datos sobre su representación el día de la Ascensión (Davis y Varey, 2003: 224).

Finalmente, el ejemplar de 1646 que se halla en Friburgo ofrece alguna variación que confirma la influencia determinante ejercida por la sublevación de Cataluña en la obra. Después de que Galván les ha pronosticado a los franceses la derrota recurriendo al romance de Guarinos, Droqueto le pregunta quién es. Galván responde identificándose con su nombre y con su lugar de origen, Perpiñan, la capital del Rosellón que, sitiada desde 1641 por Francia, cayó en 1642 y se perdió definitivamente con la Paz de los Pirineos, sin que llegara a convertirse en un símbolo de victoria como Lepanto, a pesar de los augurios de Galván:

Yo soy Galván,
y he nacido en Perpiñan,
quatro leguas de Lepanto (361).

La sublevación siciliana de 1282, en fin, se convierte así en metáfora de la rebelión con la que, según la visión del autor, los catalanes tenían que responder a la invasión francesa de 1640.

CONCLUSIÓN

En *Los agravios satisfechos y visperas sicilianas*, el recuerdo del épico levantamiento de 1282 y de la misión salvadora de Pedro el Grande persigue la exaltación nacional de España y la necesidad de humillar a Francia. Sin embargo, en la comedia se esboza también la visión de un país en declive. Esta visión, en la parte final de la obra, se condensa en la imagen de los gobernantes presas de la enfermedad y cercanos a la muerte: un «tufo cruel de requiem» emana de Droqueto, Busante se encuentra a menos de «dos dedos del ataud», Remigio está «desauciado / de todo remedio» (D1r-D1v). A pesar de que la metáfora del cuerpo enfermo se utilice con respecto al malgobierno de los franceses, es significativo que la imagen se difundiera en España en las postrimerías del siglo XVI y a comienzos del XVII, para representar al cuerpo político español minado por los achaques y necesitado de remedios (Elliott, 1990: 108).

Asimismo, la defensa de la conjura y la incitación a sublevarse contra Francia no impide que en la obra se vislumbre el fracaso del «reformismo restaurador» de Olivares, la decepción y el escepticismo, de los cuales nuestro autor se hace portavoz. El empecinamiento en gobernar como «red barrendera», recurriendo a la violencia que no «puede ser durable», sin dar «fin a la historia» y enmendarse, se refleja también en la obra en una escena tragicómica, donde sale a relucir la soberbia ceguera del poder. Cuando Remigio observa inquieto que por la calle «gente parece que pasa / con hachas», Herberto contesta distraído («Así, se casa / una moça de buen talle», / nuestra fiereza se arguya) y Droqueto, ensimismado en sus devaneos eróticos, piensa fútilmente en su «fiero dolor» que le «atormenta» (D1v).

A parte de lo males achacados a los dominadores angevinos y que el lector de hoy puede interpretar como una proyección de los que exhibía la España de Olivares, la obra que se representó en Valencia en 1644 tenía seguramente la finalidad de incentivar entre los espectadores un sentimiento de hostilidad y odio contra Francia, cuyo peligro se había reforzado por su presencia en Cataluña, que duraría todavía una década más. Las «celadas, y sombreros, espadas, y despojos» de los franceses que exhibe el grupo de damas capitaneadas por Blanca, «suelto el cabello» como las furias, simbolizaban sin embargo un trofeo que para España, con la pérdida del Rosellón, se quedaría manco.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Boccaccio, Giovanni (1994). *Decamerón, I*. María Hernández Esteban (ed.). Madrid: Cátedra.
- Calderón de la Barca, Pedro (1672). *Cuarta parte de comedias nuevas*. Madrid: Ioseph Fernandez de Buendía.
- Calderón de la Barca, Pedro (1730). *Verdadera quinta parte de comedias*. Don Juan de Vera Tassis Villaroel (ed.). Madrid: Por los Herederos de Juan García Infanzón.
- Calderón de la Barca, Pedro (1966). «Las tres justicias en una», en *Dramas. Obras completas, I*. Ángel Valbuena Briones (ed.). Madrid: Aguilar; pp. 675-709.
- Davis, Charles y J.E. Varey (2003). *Actividad teatral en la región de Madrid según los protocolos de Juan García de Albertos, 1634-1660. Estudios y documentos, I*. Londres: Boydell-Brewer.
- Deias, Antonia (2016). «La venganza en los agravios y *Vísperas sicilianas* dei *Tres ingenios* e il 1640. Una commedia del risentimento e del rancore», *Studi secenteschi*. 57, pp. 189-218.
- Descloit, Bernat (1616). *Llibre del rei En Pere d'Aragó i els seus antecessors passats Historia de Catalunya*. Raphael Cervera (trad.). Barcelona: Sebastian de Cormellas.
- Díez Borque, José María (2001). «Literatura española de la Guerra de los Treinta Años (1618-1648)», en *Homenaje a Elena Catena*. Madrid: Castalia, pp. 185-214.
- Elliott, John Huxtable (1990). *El conde-duque de Olivares*. Barcelona: Crítica.
- Faci, Javier y Antonio Oliver (1982). «La recesión del ideal de reconquista en la Baja Edad Media», en Ricardo García-Villoslada (ed.), *Historia de la Iglesia en España, II, 2.º*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, pp. 255-288.

- Giry, Arthur (1975). *Manuel de diplomatie*. Ginebra: Slaktkine Reprints.
- Giunta, Francesco (1960). «Alaimo da Lentini», en *Dizionario biografico degli italiani* [en línea]. 1, [s. p.], disponible en: [http://www.treccani.it/enciclopedia/alaimo-da-lentini_\(Dizionario-Biografico\)/](http://www.treccani.it/enciclopedia/alaimo-da-lentini_(Dizionario-Biografico)/)
- González Alonso, Benjamín (1989). «El Conde-duque de Olivares y la administración de su tiempo», *Anuario de historia del derecho español*. 59, pp. 5-48.
- Herrera, Antonio (1624). *Comentario de los hechos de los Españoles, Franceses, y Venecianos en Italia, y de otras Republicas. Potentados, Príncipes, y Capitanes famosos Italianos, desde el año de 128, hasta el 1550*. Madrid: Juan Delgado.
- Jover, José María (2003). *1635. Historia de una polémica y semblanza de una generación*. Madrid: CSIC.
- «La gran comedia de las visperas sicilianas» (1646), en *Comedias de diferentes autores, parte 41*. Zaragoza: Hospital real y General de Nuestra Señora de Gracia, a costa de Pedro Escuer, pp. 337-366.
- Las Visperas sicilianas. Comedia famosa de tres ingenios* (1767). Valencia: Viuda de Joseph Orga.
- Legarda, Anselmo de (2001). «En esa de Roncesvalles», *Príncipe de Viana*. 150-151, pp. 35-58.
- Moncada, Francisco de (1840). *Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*. Paris: Baudry.
- Navarro Espinach, Germán (2009). «Consejeros influyentes y personas de confianza en el entorno cortesano de los reyes de Aragón (siglos XIII-XV)», en J.A. Sesma Muñoz (coord.), *La Corona de Aragón en el centro de su historia, 1208-1258. La monarquía aragonesa y los reinos de la Corona*. Zaragoza: Gobierno de Aragón, pp. 129-179.
- Profeti, Maria Grazia (1988). *La collezione «Diferentes autores»*. Kassel: Reichenberger.
- Reichenberger, Kurt y Roswitha Reichenberger (1979). *Bibliographisches Handbuch der Calderon-Forschung // Manual bibliográfico calderoniano, I*. Kassel: Thiele und Schwarz.
- Runciman, Steven (1979). *Visperas sicilianas. Una historia del mundo mediterráneo a finales del siglo XIII*. Madrid: Alianza.
- Stark, Edwin (2003). *Die Sammlung spanischer comedias in der Universitätsbibliothek Freiburg*. Kassel: Reichenberger.
- Vega García-Luengos, Germán (1994). «Treinta comedias desconocidas de Ruiz de Alarcón, Mira de Amescua, Vélez de Guevara, Rojas Zorrilla y otros de los mejores ingenios de España», *Criticón*. 62, pp. 57-78.
- Vega García-Luengos, Germán (2002), «Calderón apócrifo», en Ignacio Arellano (ed.), *Calderón 2000. Homenaje a Kurt Reichenberger en su 80 cumpleaños. Actas del Congreso Internacional, IV Centenario del nacimiento de Calderón, Universidad de Navarra, 2000, I*. Kassel: Edition Reichenberger, pp. 887-904.
- Zurita, Jerónimo (1610). *Anales de la Corona de Aragón, I*. Zaragoza: Lorenzo de Robles.

Fecha de recepción: 29 de enero de 2014.

Fecha de aceptación: 10 de julio de 2014.